

'vacas'

MEMORIA DE LA PELÍCULA

SINOPSIS

Vacas narra las relaciones de rivalidad y pasión entre las familias de dos caseríos vascos, los Irigibel y los Mendiluze, a lo largo de tres generaciones. El escenario es un pequeño valle guipuzcoano en el que la proximidad de los dos caseríos, apenas separados por una pendiente y un bosque, hace posible el estallido de la violencia y de la locura ante la mirada vacía de las vacas.

El arco dramático abarca los sesenta años que separan una trinchera de la Segunda Guerra Carlista, en 1875, del comienzo de la Guerra Civil Española en el verano de 1936. **Vacas** está compuesta de cuatro épocas o cuentos con estructuras independientes pero que tienen continuidad entre sí: 'El aizkolari cobard'e en 1875, 'Las hachas' en 1905, 'El agujero encendido' en 1915, y 'Guerra en el bosque' en 1936. Durante este tiempo se suceden tres generaciones de vacas -la Txargorri, la Pupille y la Blanca- y de hombres, en las que los rostros se repiten de padres a hijos, ya que los mismos actores aparecen en diferentes generaciones.

El primer cuento tiene lugar en 1875, en una trinchera del frente carlista de Bizkaia en donde el aizkolari Manuel Irigibel, un héroe popular en el deporte vasco del corte de troncos, presa del pánico e incapaz de luchar se mancha la cabeza con la sangre de su vecino Carmelo Mendiluze, que yace herido de muerte, y se hace el muerto logrando salvar la vida ante la presencia muda de una vaca. Manuel inicia así su viaje sin retorno a un inquietante mundo de locura que él sitúa al otro lado de los ojos de las vacas.

Treinta años después, en 'Las hachas', en 1905, encontramos al viejo Manuel Irigibel en su caserío, con sus tres nietas, pintando extraños cuadros de vacas. Con él viven también su hijo Ignacio y su nuera Madalen, padres de las tres niñas. Al no haber sabido vencer la experiencia traumática de su cobardía en la guerra, el abuelo Manuel ha traspasado una imaginaria línea de sombra que le sitúa entre la vida y la muerte, en un mundo surreal con coordenadas distintas a la del resto de los personajes. Sólo su nieta Cristina, de seis años, es su cómplice secreto. Mientras, en el valle, tiene lugar la relación de amor salvaje entre Catalina Mendiluze e Ignacio Irigibel, y la rivalidad en el deporte del hacha entre este y el hermano de aquella, el inestable Juan.

En el siguiente cuento, 'El agujero encendido', en el caserío Mendiluze aparece Peru, un niño que también es nieto de Manuel, ya que es el hijo ilegítimo de Ignacio Irigibel y Catalina Mendiluze. En 1915, cuando sus dos nietos, Cristina y Peru, tienen 16 y 10 años respectivamente, la locura de Manuel alcanza una absurda y venenosa lucidez que trasciende a la relación entre los dos hermanos, llenándola de un inquietante romanticismo.

Oculto en las obras del abuelo, ya sean los cuadros de vacas o las fantasmales figuras móviles de hierba y madera de un segador y un aizkolari, hay un terrible mensaje de escepticismo ante el espanto y el sufrimiento de la vida, que es expuesto a Cristina y Peru como una enseñanza y un aviso de lo que les puede deparar el destino. En definitiva, así se deduce del último cuento, 'Guerra en el bosque', se trata de un mensaje de supervivencia, teñido de romanticismo, que sólo podrá ser descifrado si se traspasa la misma línea de sombra. Ese trayecto oscuro que para el abuelo Manuel está representado por un profundo agujero negro que hay en mitad del bosque, y en el que las moscas zumban produciendo un eco sobrecogedor. El mismo espacio negro, lleno de tiempo y locura, que él ve detrás de los ojos de las vacas.

MEMORIA

Vacas es una película con un planteamiento cíclico. Abarca el retrato de tres generaciones consecutivas de dos familias separadas por una enemistad que se pierde en el tiempo. El escenario en que se desarrolla esta historia de rivalidades y pasiones es un pequeño valle guipuzcoano en el que la proximidad de dos caseríos, apenas separados por una pendiente y un bosque, hace posible que, mediante la constante presencia de los otros, determinadas situaciones y actitudes de rivalidad se repitan en el tiempo. También el entorno es propicio para ello. El mismo valle cerrado en que transcurre toda la película. Los mismos caseríos, como presencias emblemáticas que sobreviven a generaciones y generaciones. Los mismos animales, especialmente la presencia muda y pasiva de las vacas, que acompañan y observan a los hombres. Incluso los rostros de las distintas generaciones que se repiten, haciéndose que los mismos actores representen a los mismos personajes en diferentes generaciones. Todo contribuye a dibujar las características de un recipiente a presión, pequeño, cerrado y siempre a punto del estallido de la violencia y de la locura.

Es evidente que un planteamiento así transmite una impresión circular, de personajes atados a su pesar a la rueda del tiempo. Los sufrimientos individuales, el amor y las pasiones prohibidas, el miedo o la misma locura no son sino parte del dibujo de un tapiz levemente tejido por el tiempo.

Extremos tan opuestos como la cobardía o la gloria, el amor o los rencores están destinados a borrarse y a repetirse indefinidamente en el lento suceder de las generaciones de hombres y vacas.

El arco dramático de **Vacas** abarca, salvo el epílogo, los sesenta años que separan una trinchera de la Segunda Guerra Carlista, en 1875, del estallido de la Guerra Civil en el verano de 1936, cerrando un ciclo en el que queda de manifiesto cómo en el fondo en uno y otro caso se trata de la misma guerra y los mismos hombres.

En 1875, dentro de la trinchera carlista, Manuel, el primer vástago de una de las familias rivales, presa del pánico, incapaz de luchar, se mancha la cabeza con la sangre de un herido, un hijo del caserío rival, y se hace el muerto logrando salvar su vida. Esta vivencia será tan profunda que le marcará para el resto de sus días, adentrándole por las espirales de una locura que le encasillará en un mundo lúcido y macabro. Manuel era un auténtico héroe popular, un cortador de troncos (aizkolari) célebre, que al no saber vencer la experiencia traumática de su cobardía ha traspasado una línea de sombra que le coloca en otro mundo y en otras coordenadas que al resto de los personajes, renunciando para siempre a las claves y a las normas de la rivalidad.

Desde este momento, Manuel se ocupará, al margen de todos, en pintar extraños y sombríos cuadros de vacas, una de las presencias emblemáticas en su tragedia de la trinchera. En su viaje sin retorno, Manuel ha adquirido un conocimiento que queda cifrado en sus enigmáticas obras, ya sean los cuadros de vacas o bien unas inquietantes figuras de paja y madera de un segador y un aizkolari. Oculto en sus obras hay un terrible mensaje de supervivencia, y un mensaje de mirada y de postura ante el sufrimiento, es decir, un mensaje de escepticismo ante el espanto al que es expuesto a la vista de sus sucesores, de su familia y de sus rivales, pero que nadie podrá descifrar sin haber traspasado la misma línea de sombra.

Esta línea o este trayecto oscuro, para Manuel está representado por un profundo y húmedo agujero negro que hay en el bosque, y en el que las moscas zumban produciendo eco. El mismo espacio negro, de tiempo, que él ve detrás de los ojos de las vacas.

Ante este paisaje mágico e inquietante, que es un mensaje sin receptor, se sucederán las generaciones, los amores, los odios, las miserias y las esperanzas de los dos caseríos, hasta que el nieto de Manuel, Peru (un personaje doblemente marcado por ser el resultado ilegítimo del cruce entre las sangres de las dos familias rivales), vuelva a verse abocado a una experiencia

dramática: el enfrentamiento con su miedo a morir y su sed de supervivencia, con lo que traspasará la línea de sombra que da el conocimiento del otro lado de uno mismo y de la vida. Otra vez se trata de una situación similar, de los mismos rostros, de la misma guerra, de la misma abyección y de la misma presencia de la muerte.

De ahí que entre todos los elementos que conforman el escenario natural en el que viven estas familias haya uno que destaque hasta cobrar una presencia simbólica que va traspasando todas las partes de la película. La cercanía de las vacas, que han sido tradicionalmente la base de la economía rural vasca y el indicador del florecimiento o decaimiento de una familia, se convierte, con su quietud inmemorial, en un ojo neutral y a la vez burlón de las turbulentas vidas y vicisitudes de los protagonistas. Son una presencia callada y constante, un punto de referencia, una mirada vacía a través de la cual nos sumergimos en el tiempo y ponemos en cuestión la relevancia de las emociones de los hombres.

La película, además de esa presencia constante y determinante del paisaje y las circunstancias del país, estará marcada por una especie de relativismo moral que será común a todos los personajes. En general se parte de personajes arquetípicos, como el campeón de corte de hacha, arraigado fuertemente en ese mundo de las tradiciones vascas, celebrados y admirados, para romper su papel ejemplar enfrentándoles, por ejemplo, a su cobardía (en el caso de Manuel) o a la falsedad y a la pasión (en el caso de su hijo). No hay bondades o maldades absolutas. No hay héroes. Quien es capaz de amar es también capaz de traicionar. Los valores individuales nunca son puros porque nacen en un ambiente ya viciado desde el inicio, desde la tradición de una rivalidad familiar, o desde la trinchera de una guerra estúpida e inútil con que comienza la película.

Otra constante a lo largo de toda la trama de Vacas es la reflexión sobre la violencia que encierra, pudiendo leerse casi como una parábola en clave mágica sobre el odio que engendra la violencia. En **Vacas** hay violencia explícita, en las situaciones de guerra, y una violencia implícita, latente en los desafíos de hachas, por ejemplo, en las rivalidades absurdas o en el modo en que Manuel, el creador que está más allá del bien y del mal, pinta un cuadro sangriento o transforma la naturaleza.

Esa atmósfera violenta provoca una constante contradicción entre valor y cobardía en los protagonistas, entre supervivencia y muerte, como una encrucijada ante la que es preciso decidirse y encontrarse a uno mismo. Ninguna de las dos posturas, sin embargo, es mejor ni peor en principio porque ninguna de ellas, en el fondo, tiene poder para sofocar o avivar la hoguera de la violencia. Solamente deja la posibilidad de encontrar dos vías diferentes a la de la violencia: la

supervivencia paciente e inmemorial de las vacas, que lo miran todo con ojos vacíos, o la supervivencia de quien traspasada la frontera del conocimiento y consciente del lastre de abyección que arrastra, encauza sus energías en la transformación de la naturaleza y en la creación, ya sea la pintura o la fotografía, desde la que nos formula un mensaje de escepticismo.

Vacas ha de tener una imagen frondosa, húmeda, brillante y verde. Más de dos terceras partes de su escena tienen lugar en exteriores de día. La fotografía ha de ser dramática, muy contrastada entre los colores claros y oscuros, entre el verde y el marrón, llevado casi al negro, y algo estilizada, a veces artificial. No interesa aquí el retrato preciosista y costumbrista del cine de género rural español, sino una interpretación dura, y no por ello menos hermosa, con la que dotar a la historia de una atmósfera inquietante y seductora.

En el bosque, siempre vivo, movido por el viento, bajo los helechos de un metro de altura, hay que construir un espacio fotográfico casi submarino, en el que tiene lugar el sexo. Es el espacio de la carne y de los insectos.

La banda sonora, que se mezclará en sistema dolby stereo, la realizará Alberto Iglesias, para conseguir un clima de emoción adecuado, envolvente y sensual.

En cuanto al ritmo y al montaje, hay que resaltar que **Vacas** posee un tempo poético atípico, lleno de puntos altos y crestas de acción. Del mundo extrañamente contemplativo del abuelo Manuel se pasa a las escenas de acción y violencia que tienen lugar en los momentos finales de los cuatro episodios. Es decir, una historia de sugerencias dramáticas, casi sangrientas, necesita un ritmo y un montaje de apariencia sosegada pero con gran tensión interior, con ritmo, que estallará en las escenas de acción.

VACAS

Vacas nace de una imagen rara y hermosa. Un hombre enfurecido y loco lanza su hacha contra el bosque donde su enemigo se entrena cortando troncos. La distancia es imposible de salvar, sin embargo el hacha entra limpiamente en el bosque y, atravesando una avenida imaginaria, se clava en un tronco en medio de la espesura.

Vacas es la historia de dos hombres enfrentados. La historia de dos sangres. Los encontramos

por primera vez en una trinchera en la Segunda Guerra Carlista. Allí la sangre de uno salvará la vida del otro. La sangre será su salvación y también su estigma. Treinta años después (y por tanto, en otra generación) la rivalidad del hacha los enfrentará. En ese tiempo tiene lugar la escena descrita al principio. A partir de ella se mezclan las sangres y la hermana del vencido dará a luz un bastardo.

El bastardo vivirá en sí el extraño privilegio del elegido y, como quien debe ser preservado, será obligado a cambiar el mundo. Pero al final regresará para cumplir su vida y recoger su destino.

Vacas es la historia de un hombre viejo que pinta extraños y terribles cuadros de vacas. En su juventud fue un campeón del hacha que salvó su vida en una trinchera embadurnándose con la sangre del otro. En sus cuadros hay quizás una enseñanza. Quizás los pinta para no morir.

Vacas es una historia de hombres que envejecen, hombres sobre los que la vida pasa escribiendo con cuchillo. Sabios y miserables. Supervivientes.

Vacas es también una historia de amor. De amor ilegítimo, voraz y casi imposible. Una historia del asombro y del espanto. A lo largo de cien años, **Vacas** abarca dos guerras, tres generaciones. Entre locura y tierra. Entre ternura y crueldad. A través de los helechos movidos por el viento, acompañando la ruta minuciosa de los insectos.

Vacas es una historia del bosque, de la hierba, de los animales. Historia cíclica, historia de la vida. La vida es una “digestión mágica” y descansa o vela o acecha en el tronco hueco de un árbol caído.

Vacas es una historia de vacas que, como las estrellas de Catulo, contemplan los amores furtivos de los hombres. El ojo de la vaca es un ojo sin juicio. El ojo sin juicio de esta ficción.

© Julio Medem, 1992.